

Emigrantes, no; exiliados

SANTOS JULIÁ 24 FEB 2002

EN UNAS RECIENTES y valerosas declaraciones, el presidente del Círculo de Empresarios, José María Vizcaíno, lamentaba que su país, Euskadi, empezaba a ser un país de emigrantes. Emigrante es el que se traslada de su propio país a otro con el fin de trabajar en él de manera estable o temporal. En este sentido, Euskadi no empieza a ser un país de emigrantes: siempre lo ha sido. Y lo ha sido de la misma manera que Vizcaíno lo ve ahora, con una emigración de gente cualificada: arquitectos, ingenieros, profesores, financieros, industriales, comerciantes, restauradores. Decenas de ciudades españolas se han beneficiado de la presencia de esa gente cualificada procedente del País Vasco, impulsores de su transformación urbana, de su vitalidad civil.

Esto era así porque, digan lo que quieran los que ahora inventan una tradición de conflicto secular, los vascos siempre encontraron buen acomodo en un país, España, al que consideraban tan de ellos como la propia Euskadi. Ni que decir tiene que, viceversa, los españoles no sentían como presencia ajena, extranjera, la de aquellos emigrantes vascos que abrieron comercios, dirigieron industrias o fundaron periódicos. Esto siempre ha sido así, hoy lo mismo que ayer: ningún español siente la más mínima extrañeza o rechazo por ver a un vasco al frente de su primer museo. Una relación profunda, fraguada en siglos de trato, empresas comunes, mezcla de sangre, costumbres y creencias compartidas, impedía ver como emigrante a gentes que, cuando salían de su país, se encontraban con otro tan suyo como el que habían abandonado.

Ahora vuelven a emigrar, no individualmente ni en racimos, sino en lo que Vizcaíno define como una sangría. No sabemos cuántos son; se habla ya de cantidades cercanas a 200.000. Son, claro, los que pueden irse. Pero ahora no se van porque quieran encontrar trabajo temporal o permanente en otro país. Ahora se van porque sufren un acoso persistente y un peligro cierto de muerte, insultados y señalados porque piensan de otro modo y no se doblegan a no pensarlo en público. Pensar diferente es en Euskadi un riesgo que impregna toda la vida; un peligro que no procede sólo de los asesinos, sino de los que,

sabiéndoles diana de los asesinos, cruzan la calle para no saludarlos, no asisten a sus convocatorias, no se enfrentan juntos al terror, sino que, por el contrario, les hacen saber que su presencia entre ellos es indeseable.

En estas circunstancias, resistir no siempre es posible; sobre todo porque al poder establecido no le interesa prestar un firme apoyo moral y político a los perseguidos. Cada vez que hay un asesinato o un intento, el *lehendakari* sale a escena para salmodiar una retahíla de vanas preguntas dirigidas a unas gentes que las tienen ya contestadas todas por activa y por pasiva. El poder establecido en Euskadi es como un inmenso Partido de la Nación Institucional, un remedo de PRI que por boca de sus actuales dirigentes ha dicho más de una y dos veces a los acosados y perseguidos que lo mejor que pueden hacer es irse del país; un partido que ahoga las voces discordantes con la expulsión o, si es el caso, la pérdida de empleo; un partido en el que quienes discrepan de sus líderes se cuidan mucho de no manifestarlo, no vaya a ser que se queden también a la intemperie.

La intemperie es muy fría en Euskadi, es acoso y silencio, preludio de muerte. Que se callen, eso es lo que quieren; que nadie se atreva a elevar la voz, que abandonen, que no se presenten a plazas docentes, que no se afilien a juventudes o partidos no nacionalistas. Esta terrible situación está ya dando sus frutos para quienes, sin ser asesinos, colaboran en rodear de soledad y silencio a los apestados: no tendrán competidores en muchos Ayuntamientos. Quienes pueden, quienes están cansados o no aguantan más, se van. ¿Emigrantes? No, exiliados, que son los que se trasladan a otro país por motivos políticos. Euskadi empieza a ser un país de exiliados: no lo sería si el poder establecido lo impidiera con políticas activas de persecución de los asesinos y cerco a sus cómplices, de apoyo a la resistencia, de frente común democrático. Pero eso, al poder establecido no le interesa; todo lo contrario: más gente se va, más cerca se cree de alcanzar su utopía sangrienta, una patria a la que poco importa sacrificar a miles de entre lo mejor de sus hijos.

A por los 800.000

SANTOS JULIÁ, EL PAÍS, 7 ABR 2002

YA SE SABE QUE cada vez que ETA asesina a un concejal del Partido Socialista o del Partido Popular, el presidente del Gobierno vasco se dirige a ella para exhortarle a que oiga las voces del pueblo vasco y deje de matar. ETA, normalmente, responde a estos retóricos emplazamientos con un nuevo atentado, pero esta vez ha tenido la cortesía de contestar por escrito a las compungidas requisitorias del *lehendakari* y a todos los que le han exigido que deje de matar, y les ha dicho: “Han sido muchos los que han pedido a ETA que deje las armas; ETA responde que apuesta por utilizarlas (...) en defensa de Euskal Herria y contra sus enemigos”. ETA no tiene que aclarar, porque eso ya quedó claro en el documento sellado conjuntamente con el PNV y EA hace tres años, que los enemigos de Euskal Herria son el Partido Socialista de Euskadi y el Partido Popular.

La respuesta de ETA se podía leer en un comunicado remitido a *Gara* con ocasión del Aberri Eguna y publicado por ese periódico la mañana del 31 de marzo, Domingo de Resurrección, festividad católica que los nacionalistas vascos aprovechan para celebrar el Día de la Patria. Sin tiempo quizá para leer el comunicado tan explícitamente dirigido, entre otros, al PNV, el presidente de este partido aconsejaba paternalmente a ETA que dejara de hacer el ridículo y abandonara esa “forma de hacer política”: humor macabro calificar el asesinato con semejante eufemismo el mismo día en que el mundo católico celebra el triunfo de la vida sobre la muerte. ETA tiene una “forma ridícula” de hacer política: eso es todo lo que a Arzalluz se le ocurre decir acerca del terror como arma política mientras Ibarretxe consuela a los familiares de las víctimas.

Esta mezcla de mirada paternal a ETA y de solidaridad gestual con las víctimas se ha mostrado sumamente rentable para el llamado nacionalismo democrático. Después de las elecciones del 13 de mayo, el PNV no ha sentido urgencia ni necesidad alguna de cambiar la política que acabó por desplazar a su terreno a 70.000 votantes de Batasuna: reconvenir a ETA mientras proclama como objetivo la independencia nacional. La táctica más racional para el fin que se ha propuesto consiste, por una parte, en ahondar la distancia entre PSE y PP,

y por otra, en seguir pidiendo ritualmente a ETA el abandono de las armas de modo que queden ahogadas las voces que dentro del mundo nacionalista consideran una miseria moral plantear la autodeterminación mientras ETA persista en su “forma de hacer política”.

La meta de la política nacionalista está más clara que la luz del día y, por si todavía quedaran ciegos que no quieren ver, el mismo Arzalluz se encarga de abrirles los ojos. Como ETA se obstina en seguir haciendo el ridículo y “se le va a ir más gente”, el PNV continuará acumulando votos y... “llegamos a los 800.000”. En las últimas elecciones, el censo de electores fue de 1,81 millones, pero el de votantes no pasó de 1,43. La cifra acariciada por Arzalluz asciende, pues, al 55% de los votantes, lo que situaría al PNV, según las enigmáticas palabras de su presidente, “muy cerca de muchas cosas”, o sea, muy cerca de convocar el prometido referéndum sobre autodeterminación, soberanía, independencia o como mejor convenga denominar a eso que -testigo el mismo Arzalluz- anda rondando por la cabeza del *lehendakari*.

Ante política tan transparente, no se comprende bien la batalla algo más que dialéctica en la que han entrado socialistas y populares vascos. Se diría que la agresividad del PP y las broncas maneras de sus más destacados dirigentes tuvieran como objetivo presentarse como única opción garante de la Constitución y el Estatuto para debilitar al PSE echando las redes entre los votantes socialistas que puedan sentirse decepcionados por la nueva política de constructores de puentes, cautamente emprendida por la recién elegida dirección. Estos zarpazos entre partidos que no tienen nada que ganar, y mucho que perder, si entran en un pugilato, alientan todavía más la estrategia del PNV: con el adversario del lado no nacionalista dividido y debilitado, con parte de sus votantes desmoralizados, pueden ofrecer por el lado nacionalista alguna prenda más para atraerse a esa cantera de votos que Batasuna todavía conserva pero que puede perder si ETA sigue matando. Batasuna, curándose en salud, ya se los ha ofrecido: las 800.000 nueces de la parábola de Arzalluz pueden estar a punto de caer del árbol.

La cara de los vascos

Santos Juliá, El País, 15/09/2002

HACE UNOS AÑOS, la Universidad del País Vasco celebró un acto de recuerdo y homenaje al profesor Tomás y Valiente, asesinado por ETA. Un grupo de no más allá de 25 *abertzales* se plantó ante la puerta de acceso al salón de actos de la Universidad de modo que los asistentes, injuriados y amenazados a placer, fueron conducidos por unos *ertzainas* armados hasta los dientes a entrar en el salón por una puerta trasera. Cuando terminó el acto, el comedor de la Universidad había sido destrozado y los coches de algunos participantes en el homenaje aparecieron con las ruedas rajadas. Había en el recinto universitario más *ertzainas* que *abertzales*, pero, cruzados de brazos, dejaron hacer: eran vascos, y la regla de oro policial consistía por aquel entonces en que de ninguna manera iban los vascos a romperse la cara con otros vascos.

De modo que los *abertzales* podían amenazar y destrozarse con la absoluta seguridad de que la policía autónoma se mantendría, en el sentido más literal de la expresión, cruzada de brazos. Así fue engordando la serpiente que se enrosca en el hacha, bien alimentada por la complaciente sonrisa del Gobierno de Euskadi, por las subvenciones estatales, por la impunidad que una policía maniatada le garantizaba. De esa manera ha crecido Batasuna arrogante, segura de que podía jugar simultáneamente en el terreno legal y en el de la violencia organizada, convencida de que, por formar parte del mundo nacionalista, el PNV haría todo lo posible para prolongar indefinidamente lo que Anasagasti defendió el otro día en el Congreso como “terapia de inclusión en las instituciones”.

Hasta que un juez ha suspendido la actividad de la organización y ha ordenado el cierre de sus locales. De golpe se ha terminado la impunidad de Batasuna y el PNV se ha quedado sin política terapéutica. Arriesgado, sin duda; tanto que, desde obispos hasta compañeros de viaje, nadie ha dejado de alertar sobre las gravísimas consecuencias de lo que rápidamente han calificado de abuso, prevaricación y otras lindezas por el estilo. Pero la verdad es que no ha pasado gran cosa, como podía esperarse de una sociedad próspera como la vasca: un juez ordena la suspensión de actividades de una organización inflada artificialmente por años de terapia y subvenciones y ni el pueblo vasco se lanza a

la calle, ni los militantes se atrincheran en sus locales. El temor a que una acción de este tipo iba a exigir un esfuerzo similar al que Churchill pidió a los británicos para no doblegar la rodilla ante los nazis se ha quedado en literatura: aquí no ha habido sangre, sudor ni lágrimas; aquí no ha habido más de unas decenas de abanderados ofreciendo una resistencia simbólica al cierre de sus locales.

Lo cual prueba bien que si las autoridades vascas se hubieran empleado a fondo contra la violencia ejercida a diario contra pacíficos ciudadanos incapaces de responder con la misma moneda otro gallo nos hubiera cantado. El Gobierno vasco ha podido cumplir sin mayor problema la orden de cierre, pero, como siempre que Batasuna muestra su debilidad, no faltan jefes en el PNV que acudan presurosos a la 'terapia de inclusión', no vaya a ser que efectivamente quede Batasuna aislada sin que a la mayoría de la sociedad vasca le importe su destino. Es tal vez ese reflejo el que ha movido a Ibarretxe a ordenar a su policía que recoja los bártulos, monte en las furgonetas y deje el camino expedito a una manifestación que su mismo Gobierno había prohibido. La razón: “No estoy dispuesto a que el objetivo de los vascos sea rompernos la cara unos a otros en nuestras calles”.

¿Los vascos o los nacionalistas? Hubo una ocasión, no hace tanto tiempo, en la que un crimen particularmente miserable levantó en un clamor general a los vascos, nacionalistas o no, contra ETA y sus cómplices. Duró aquel grito el tiempo en que los nacionalistas del PNV se percataron de que habían salido a la calle con una gente a la que sus jefes no tienen por vasca. Tendieron entonces otra vez a los vascos de verdad, o sea, a los de Batasuna, una mano salvadora y firmaron con ellos un pacto ignominioso que aplicaba a los vascos no nacionalistas la terapia de la exclusión, a ver si por fin desaparecían. No lo lograron y hubo que seguir rompiéndoles la cara. Hasta hoy, cuando de nuevo el apoyo social a Batasuna, en los casos en los que la policía cumple y hace cumplir la ley, se queda poco más que en agua de borrajas. Batasuna es socialmente más frágil de lo que aparenta su impostada arrogancia: nada de extraño, pues, que se repita la penosa imagen de una Ertzaintza en retirada ante no más de mil manifestantes. Todo sea por que los vascos conserven bonita su cara.

Otras columnas y tribunas: http://elpais.com/autor/santos_julia/a/